



**VI Concurso de Relatos Cortos**

***“Memorias y Cuentos del Moncayo”***

**Grisel, 2004.**

**CATEGORÍA ADULTO: Primer Premio**

**Relato premiado: *“El Pañuelo Blanco”*.**

**Autor / a: Faustino Gracia Borrachina. Vitoria.**

## **EL PAÑUELO BLANCO**

### **I**

**G**ermán tendría unos diez años. Eran vacaciones y acompañó a su padre hasta la cúspide del Moncayo. Al levantarse aquel día muy temprano, le había preguntado si estaba dispuesto para hacer la excursión prometida a la montaña, pues él, -como parte de su trabajo- iba a revisar algún bosque durante el camino. Naturalmente, la respuesta fue afirmativa. Si llegaba a la cumbre majestuosa, a pesar de la corta edad, se cumpliría el sueño de ver todo el Somontano desde la atalaya con una simple ojeada y así poder guardar para siempre la instantánea de luz inigualable en su retina.

Había desaparecido la nieve de los caminos, cada vez más enrevesados y estrechos al empinarse. Con mucho denuedo para seguir la poderosa zancada del progenitor, consiguió –tras intermitentes detenciones recuperadoras del necesario aliento- llegar arriba del todo. Los pueblos de Añón, Alcalá, Vera, Trasmoz, San Martín, Litago, Lituénigo, Grisel y otros varios, muy diseminados entre llanuras y depresiones –contemplados desde allí- mostraban un aire de pereza y silencio, parecían vacíos pero en su forma ante el paisaje, se mostraban recogidos y hospitalarios. El sol brillaba como nunca y en aquel lugar fuera del tiempo todo lo que percibían sus ojos quedaba reducido a una sola y extensa dimensión vertical que después quedaba prolongada en el horizonte.

Cómo le hubiese gustado ser un águila o simple gorrión y lanzarse desde la altura en batir de alas para sorprender a los otros pájaros y pasar por encima de todo lo que veía; correr el valle, contemplar arrobado entre las nubes abruptas montañas, agrupadas pandillas de pájaros y las largas

besanas terrosas en que toda su estirpe dejaba un mar de profundos sudores cumplidos al enterrar la semilla.

La ascensión al monte más alto que había hollado en su corta vida, le marcó para siempre y desde entonces quiso ser aviador para subir sin tanto esfuerzo todos los días a verlo de nuevo. Aquella fotografía del poco uniforme paraje, ya fue una pasión constante de la que no quedó libre, jamás.

En su largo aprendizaje de afanes voladores que desde el instante de la excursión le acosaron, pudo, al cumplir el servicio militar y luego en aeroclubes particulares, lograr la licencia de piloto, claro qué, hizo tarde en la conquista gloriosa de atravesar océanos y ser recibido con olor de multitud enardecida por la hazaña, al otro lado del “charco” en la Argentina de los emigrantes, como lo fue el comandante Ramón Franco el año 1926; y también, llegó retrasado ¡muy felizmente! al estrellato del pilotaje en la Guerra Civil, época de tiempos muy malos con la lucha fratricida, de la que sólo escuchó comentarios sentimentales, políticos, religiosos o antirreligiosos de ganadores y perdedores, movidos por el impulso emocional del enorme conflicto.

A pesar de estar hecho casi un virtuoso de los caminos del aire, no tuvo posibilidades para perspectivas de gesta, y acabó, sin saber hacer otra cosa, de eficaz fumigador de campos en los confines de las huertas, secanos y bosques. Se sentía -cómo no- un feliz ayudante de las primaveras de leyenda, unía el deseo de terminar la rutina de siglos con el gozo de sentirse pájaro sobre el verde de los campos que él hacía más fértiles, frondosos y ricos, al vencer técnicamente la larga impotencia de generaciones campesinas; derrotar las infinitas plagas de exterminio, empobrecedoras de labrantías, le colmaban más que el haber podido llegar a ser piloto de una importante línea aérea, como Iberia.

Subido en la avioneta divisaba los irregulares sembrados en flor, o los heridos de muerte por insectos, y palpaba cercano el sufrimiento de aquellos abuelos con sombrero de paja y la espalda doblada que arañaban la tierra labrándolas con las sumisas mulas y el arado romano, o los escasos y rudimentarios tractores, entre temor y la esperanza.

Un día, no resistió la tentación de volver -disfrutaba de tiempo libre- sobre sus paisajes, sobre el pueblo y lugar de la niñez preñado de desvalimiento seco, de costanas empinadas, retorcidas, y esquinas de piedra arrebatada al río, inicio de sus pasos de adolescente o peripecias de párvulo y del desarrollo del primer e ingenuo amor. Las calles, vistas desde la balconada de los aires, le parecían ahora raíces retorcidas elevándose hacia el punto más alto situado al abrigo de la vieja iglesia o las ruinas del castillo; las pequeñas parcelas salpicadas de amapolas eran diminutas manchas rojizas a socaire de la raquítica Huecha. A partir de entonces, mecido en la nostalgia, regresó cuantas veces pudo como imantado por el retorno a la infancia feliz, dichosa e ilusionada, hasta que sus padres (cómo tantos otros) carentes de recursos, emigraron a la Barcelona industrial y prometedora.

Pero hacía tres o cuatro años que en toda la zona se anclaba implacable el arruinador monstruo de la sequía; los acechadores reportajes del tiempo que a diario proporcionaba en la T.V.(un tal Mariano Medina) hacían crecer la desesperanza y el pesimismo por todo el maremagnum de soles implacables del mapa, despiadadamente cálidos, que se cernían como castigo divino. La Huecha y el Queiles vacíos, además del Isuela; los pozos artesianos anulados, sin gota que llevar a la garganta o a las plantas, y las nubes del norte –las que arrastran aguas fácilmente- escondidas, huidizas en lo inmenso del espacio sideral, temerosas de no se sabía qué. En la inútil espera de la deseada lluvia, las lagartijas ni siquiera asomaban la cabeza, se refugiaban como podían bajo troncos y piedras por temor a morir asadas en la parrilla del monte. Los almendros, nogales, olivos y carrascas, estaban descarnados, y los pinares parecían conos marrones con iras calladas, y las finas hojas cenizas en el *puto suelo*, a punto de fenecer.

## II

El cura mosén Miguel –recién operado de cataratas- estaba sentado en el primer banco de la iglesia, con los párpados caídos y la barbilla pegada al pecho; aprovechaba en meditación las horas lentas y calurosas de aquel domingo a la tarde del final del mes de junio. De vez en cuando, entreabría los ojos, levantaba la vista pero cuidaba de no posarla en sitio fijo. No es que sintiese aversión hacia el venerado patrón del pueblo o las imágenes policromas del altar mayor, ni mucho menos a la *Pilarica*, es que el comportamiento de los ojos, se lo había prescrito el oftalmólogo de la “*Casa Grande*” en Zaragoza, cirujano de la intervención: “*por el momento, no fije la vista demasiado en las cosas hasta que la operación cicatrice bien*” –le hizo notar.

Cavilaba el anciano párroco, sobre los consejos *endilgados* por el señor Obispo de Tarazona la tarde del jueves anterior, al que acudió para informarse de la circular recibida en todas las parroquias de la diócesis; trataba de recordar las novedosas, para entonces, disposiciones del Concilio Vaticano II, a las que en principio, no se hizo demasiado caso por estar el clero español bastante anclado en el pasado.

Su eminencia, vestido de elegante “cleriman”, como correspondía a la moda de la curia, contrastaba en figura y porte con el encogimiento y la raída sotana de mosén Miguel. Después del protocolario saludo entre ambos, asomó la sonrisa a los labios, mientras parsimonioso encendía un “ducados”:

— Mosén Miguel, tengo que decirle a usted y a todos nuestros párrocos, que deben modernizarse y así poner al día también a los feligreses. Hay que hacer resaltar la importancia de Dios en espíritu muy por encima de la imágenes que sólo son los aderezos de la Religión Cristiana. Evitar los tontos fanatismos –dijo su reverencia al abordarle tras lanzar la primera bocanada de humo al aire y guardar la sonrisa en la trastienda del alma para qué constara la firmeza de sus palabras. También dejó, sin darse cuenta siquiera, que el “ducados” se agotara tranquilo en el cenicero.

— Lo que usted diga, reverencia.

— Escúcheme bien. A partir del Concilio Vaticano, el Santo Padre, ha pedido cambios a todos, por eso voy a aclarar un poco la circular que ya supongo en su poder. Uno a uno, deberán pasar por aquí los demás sacerdotes. La cuestión es que todos ustedes, tienen que lograr que sus feligreses se concentren en Nuestro Señor: las imágenes, las romerías, peregrinaciones, rogativas... y todas esas cosas formando parte, un poco, de nuestra parafernalia, hay que ir eliminándolas. Procure hacerlas pasar a segundo o tercer término de modo categórico..., que dejen de tener importancia casi capital en la fe. Nada de supercherías más o menos encubiertas. La gente de los pueblos, sobre todo, padece cierta inclinación hacia los actos teatrales, y nuestra obligación está en convencerles de la importancia de Dios. Ya sé que usted cumple perfectamente en la parroquia encomendada, pero ésto se lo mando en virtud de la santa obediencia jurada al Santo Padre para que se lleve a cabo a rajatabla, sin dilaciones exculpatorias.

— ¿Pero cómo se les haremos ver a las buenas gentes que han sentido a Dios y sus Santos de ese modo, siempre?.

— Soy casi tan viejo como usted, por tanto los dos estaremos de acuerdo que : “*el diablo sabe más por viejo que por diablo*” –con el último “*diablo*” se santiguó en la frente, rezó tres “*padres nuestros*” e intentó llevarse a la boca en gesto maquinal, el apagado cigarrillo. Acto seguido le otorgó “*su bendición*” y dio por terminada la charla.

Él, escuchó sin parpadear; al principio casi con devoción (consideraba un Santo al señor Obispo), después con estupor ante la rigurosidad de la advertencia. La Iglesia, pretendía borrar de un plumazo bastantes de las tradiciones más arraigadas en el corazón de muchos fieles. Otra cosa era hacerlo entender, a pesar de lo del diablo, no obstante dijo al despedirse:

— De acuerdo monseñor, lo que la Iglesia mande. Pondré todo mi empeño en no defraudarle.

Este sería –dada su avanzada edad- su último destino, la última parroquia a regentar y de la que nunca quiso marcharse; habían pasado cincuenta años desde el ofició de la primera misa en el castigado templo. Conocía a todos y cada uno de los habitantes del pueblo e incluso de los cercanos; acompañado a los familiares de los queridos difuntos hasta el camposanto, unido en vínculo matrimonial a las parejas de novios, bautizado a los hijos, asistido a los ágapes, fiestas populares o matanzas del *tocino*... y todos contentos siempre, hasta le regalaban la mejor harina del cereal cosechado para elaborar las hostias de la misa, entre otras muchas cosas cotidianas a considerar. ¿Cómo iban a interpretar los cambios de los regidores de la Iglesia Católica?. ¿Pensarían que era cosa suya el suprimir ciertas costumbres?.

A partir de los severos consejos del señor Obispo, casi había perdido el sueño, por eso, no era extraña la abstracción en muchas de las horas del día y la noche.

Y en esta actitud de reclinatorio le abordó *el* Eusebio, alcalde del pueblo para exponerle *lo de la sequía* que les acosaba como nunca.

— ¿Qué podemos hacer, don Miguel?.

— Eusebio, yo no tengo la vara de Moisés para que brote agua entre las piedras –le contestó bastante malhumorado-. Conozco el problema, sin embargo, no es cosa mía ni tuya, ni de ninguno. El tiempo es el tiempo, nada puedo hacer.

*El* Eusebio dio la vuelta sobre sus pasos y se marchó deprisa con refunfuño incluido.

Al quedarse sólo otra vez en la penumbra del templo, el cura párroco comprendió la gravedad del momento pero no parecían tiempos propicios para las rogativas según le había advertido el señor Obispo, y San Isidro –el venerado del agro- les había vuelto la espalda rotundamente, y en la misma tesitura estaba el glorioso patrón del pueblo que tampoco quería hilar fino en los menesteres o debía andar ocupado en otra cosa más acorde con sus gustos.

Los más viejos del lugar, recordaban las grandes nevadas que cubrían la zona con gruesos e impolutos mantos blancos y les hacía sustituir las abarcas, y alpargatas de cáñamo o esparto por botas de cuero con *piñales* de lana gorda tejidos por las laboriosas mujeres, y también rememoraban, que vendían el grano principalmente en la era por que, en los graneros, no cabía; los ganados pastaban lo suficiente para crecer con abundancia y rapidez; daba gozo ver los miles de ovejas retozando alegres; los corderos eran tan hermosos que parecían a los de las estampas de la Primera Comunión, y el campo –bendito campo- tenía el más imponente festival de perdices rojas, conejos, liebres y toda clase de aves. Recordaban tiempos casi divinos, muy ricos para ellos, y los relataban en las noches de claridades tristes a los más jóvenes como cuenta el comerciante el mejor negocio o como describiría la preciosa Cheherezada una historia de “Las Mil y Una Noches”, una historia feliz que no incitase a la emigración hacia capitales ricas, muy de moda: Barcelona, Madrid, Zaragoza o Bilbao y se quedasen solos en la dura tierra.

Los pájaros, parecían espías mañaneros del rocío, los mirlos y calandras, sin ánimo de huir a otras tierras mas verdosas, se resistían a la sombra de las mortecinas jaras perdida la facultad del trinar. Los pozos artesianos, horadados casi en la pura piedra con insuperable esfuerzo, se habían hecho más profundos aún, poblándose de ecos estériles; en las fuentes (incluida la del Sacristán y otras más altas) no manaba el preciado y líquido elemento, y las madres con pena infinita decían de sus recién nacidos que no lloraban, no tenían lágrimas; el llanto estaba seco y no se daban cuenta del hambre o el dolor, y no podían aplicarles el bálsamo consolador de los jóvenes pechos

repletos. El verde, ya era un color soñado –tal la carencia- para anocheceres de esperanza, un color sólo visto a través de los paisajes mágicos del televisor o en el calendario prendido en la pared de la cocina a primeros de año, con fotografía idílica. Y para los niños que aprendían a leer, había palabras incomprensibles que poblaban su mente de interrogaciones: río, riada, fuente, cascada, manantial, pradera o pasto... Algún demonio agrícola había escrito sobre el pergamino de la tierra cuarteada la maldita historia de la sed acuciadora.

### III

Una y otra vez, camino de otros destinos en ejercicio de la profesión, Germán, transformaba la ruta a capricho y aprovechaba para sobrevolar su pueblo, dar unas vueltas sobre él equipado de añoranzas y la preciosa avioneta amarilla; en grato fisgoneo; creía sentir que aquello lo realizaba por impulso del corazón, más que por cualquier otra cosa, le tiraban las raíces, el pasado. Volaba con arrebatos sobre los tejados bajos de color pajizo, en pasadas constantes; captaba en el alma, a través de sus agudos ojos, las calles, la plazuela de las diversiones infantiles, la torre de la iglesia anidada de cigüeñas, el balcón con el recuerdo de los padres desaparecidos, las ropas tendidas, la casa de Pilar....Apreciaba, el dolor del paisaje, la áspera cicatriz de los barbechos, carencia de geranios en las ventanas cerradas, ausencia de pájaros, despobladas las veredas del aire... Lo que no adivinaba Germán era la infinita angustia de las personas, seres en movimiento tardo por calles y caminos, por montes y llanos con afanes sin metas, como sonámbulos.

La casa de Pilar, su primer e infantil amor que jamás olvidó, situada en la calle Alta, muy cerca de la iglesia, parecía la de siempre, con el parral en la puerta –base de la sombra para el banco de madera adosado a la pared- en el que tantas veces se sentó para mirar embobado y acariciar las trenzas morenas de aquella chiquilla de sus mismos años mientras se contaban historias cotidianas y sueños por realizar; él los de volar y ella los de ser cómo mínimo la maestra del lugar. Luego, el destino –siempre el maldito destino- los llevó por sendas divergentes. Mas la atracción duraba, el cariño persistía; fue el primer bienquerer y no podía olvidar, era cómo un pórtico en las peripecias con las que llegó al hombre de hoy. Tratava de imponer una realidad al episodio de tan bonita historia con dos personaje sin edad para decidir, pero encontraba resistencia en sus “adentros”; ahora al saber volar le gustaría tener con él la niña de las trenzas –cuyo nombre no pudo olvidar- en la carlinga a su lado, y llevarla hasta la cima del Moncayo donde se ve muy cerca el cielo y se supone viven los espíritus, y juegan en el espacio con las aves migratorias, paradas a descansar.

### IV

En los bajos del ayuntamiento, se convocaban todas las semanas múltiples reuniones, acudían ganaderos y labradores, o sea, el pueblo entero, a debatir sobre la angustiosa situación sin vislumbrar salida. Pedían ayudas o rogativas piadosas capaces de llenar los ríos.

El párroco, en la misa mayor del domingo o bien presente a alguna de las asambleas, sin mostrarse acorde a la petición decía, al recordar fiel las últimas recomendaciones del Obispado:

— No deis más vueltas al tema, sobre la comarca vuela el murciélago de la sequía que es como decir el mismo diablo, el tiempo no está de llover, en el cielo ni siquiera aparecen nubes prometedoras, sigue azul y los santos no hacen los milagros por las buenas... hay que darles facilidades. Debemos de rezar muchos rosarios a la Virgen María y asistir devotamente a la iglesia. ¿Habéis *olvidao* las plagas de Egipto que os expliqué cuando de niños veníais al catecismo?. Pues recordarlas, las plagas famosas se acabaron el día que Dios quiso. No hay otra solución que acatar su voluntad.

— Pero mosén Miguel... si sacamos en procesión al Santo Patrón hasta La Huecha, yo creo que Dios y la Virgen...- insinuó *el* José con cara de pena y cuyas palabras fueron seguidas de murmullos aprobadores por el resto de asistentes.

— Nada, nada... José, os he dicho que a rezar –dijo el cura de modo terminante, algo temeroso de qué el señor Obispo se enterara de qué si no cumplía con la circular del Vaticano o recomendaciones hechas, le desterrase del pueblo-. De momento quedáis dispensados de echar limosna en el cepillo, ya vendrán tiempos mejores.

Las voces se acallaron ante el escepticismo demostrado por el párroco – al parecer perdida su vocación de líder de los prodigios religiosos- y regidor oficial de los milagros, y se disolvió la última reunión. Todos los vecinos, interrogaban con rabia a la tierra ingrata, al maltratado abanico de horizontes, y en sus labios hormigueaba la tentación de lanzar una gorda blasfemia, *un mecagüen sonoro, muy sonoro*, ante el imposible nacimiento del salmo. ¿Qué maldición de años, pesaba sobre esta pobre tierra quemada?. Alguna que otra vez, cuando miraban con los ojos enrojecidos al sol, las caprichosas nubes que salían por detrás de la cumbre, quedaban inmóviles sobre los campos, pinares y carrascales, pero siempre “algo” contrario a los buenos deseos de quien las necesita, las barría para desnudar el azul celeste y dejarlo en *pelota picada*.

Un día festivo que ni siquiera tenían ánimo para disfrutar y que estaban casi todos aglutinados en el frontón, delante del ayuntamiento, *el* José empezó a decir al escuchar un motor rateador y mirar con ojos de halcón hacia la cumbre:

— ¡ Es la avioneta!. Esta mañana de madrugada, las nubes blancas de norte aparecieron, ponían cortinas al sol, estaban encima de nosotros, el temporal era seguro, pero ha surgido ese cacharro amarillo y ya veis como está el cielo otra vez.

—¡ Sí! –dijo también *el* Paco como si tuviera ronquera en la lengua-. Es ¡la avioneta!.

— ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí! —un montón de síes se unieron a las primeras imprecaciones *del* José.

Y la voz de José, caló hondo en el vecindario, era pura denuncia que traía viejos, fatídicos sinsabores escapados de lo más hondo de siglos remotos por la postergación de infinidad de gobernantes hacia sus pueblos somontaneses, dejados de *“la mano de Dios”* por la Administración, por muchos gobiernos. Se fraguó espontáneo un trasfondo de lucha frente al poder arrollador atribuido a esas máquinas voladores que las enviaban los ricos egoístas para que aborreciesen la tierra amada heredada de sus mayores.

— Eso no es seguro —trató de sosegar *el* Eusebio, al mando civil del municipio, ante el reiterado gritar que surgía del hondo de las almas -. Tendremos que averiguarlo con calma, las cosas, a veces, no son lo que *paicen...*

Pero el eco, la voz primera *del* José, el boca a boca, fue repitiéndose imparables, para pasar la denuncia de pueblo en pueblo, de piedra en piedra, de campo en campo, de rama en rama, por toda la comarca. Llegó a ser clamor imparables, queja afiladora de las lanzas, en el odio contenido hasta entonces.

Así era el tema, un ciego designio o desafortunada coincidencia acompañaban el volar de Germán —ignorante de la algarada-. Tras cumplir con la obligación impuesta por su empresa, regresaba a dar otro vistazo. Romántico hasta la médula, perseguía sus vivencias pasadas en escarceo por los cielos, ajeno a otra cosa,.

*El* Eusebio, empezó diligente las averiguaciones oportunas, y se llegó a decir —como se dicen muchas cosas de éstas- que en la provincia limítrofe de Navarra, se preparaban, y ya cosechaban, grandes plantaciones de cebollas, cogollos, lechugas, tomates, alcachofas y hortalizas varias; además, frutales de todo tipo: melocotón, peras, etc.etc., y que sus poderosos dueños —grandes compañías norteamericanas, unidas a bancos españoles- temían que las tormentas de granizo *jodieran* las delicadas plantas y frutos, y enviaban la avioneta a las tierras altas, a puntos clave donde era más propicia la formación de nubes, o sea, a la espalda de la cumbre, por la parte de Soria.

Salía la avioneta, en su infame maniobra de un aeródromo secreto y volaba en busca de enemigo imaginario en forma de nube a medio formar, y a base de lanzar sobre ella, sales de plata, en un rociado desintegrador, dispersaban el fantasma en forma de tules y algodón, que marchaban a vagar tranquilos por las esquinas del éter.

En las mentes campesinas, a partir de entonces, perdió todo su prestigio de siglos la plata —como noble metal del que aún guardaban algún *“duro”* de los de *antes de la guerra* para las arras en las bodas-. Al producto rociador desconocido para ellos, se le identificó con las *“meadas”* de las brujas en los aquelarres del castillo de Trasmoz (según Bécquer).



Se sucedía la frustración de lluvias y el dolor de fechas en un yermo almanaque para los frutos y simientes. Se continuaron con más intensidad, las concentraciones de protesta, en las que se tomaban acuerdos tan serenos como elevar una protesta al Gobernador Civil de Zaragoza, al Ejército del Aire, o al mismísimo Jefe del Estado. En cambio, en otras reuniones –muy exaltados ante la situación y no recibir respuesta de autoridades-, pensaron en negociar con algún traficante de armas y adquirir un buen cañón antiaéreo de pequeño calibre, pero vigoroso y capaz de abatir a un gorrión avisado, en pleno vuelo.

— No podemos comprar otra cosa que no sea un buen antiaéreo de segunda mano –aseveró *el* José, muy caliente ya y en pleno fervor, casi patriótico-. *El* Sinesio que hizo la *mili* en el Regimiento de Artillería Aragón, en el cuartel de Valdespartera, podrá encargarse de hacer el disparo y seguro que le *arrea*.

— Pero eso, tiene que ser *mu* caro –se escuchó a uno de los reunidos de otro pueblo.

No se pusieron de acuerdo: “*tiene que costar más dinero que todo que nos den las cosechas*”. Al fin preponderó una idea más barata, más casera, idea que llegaba con soplo feroz por la sangre enardecida en contra de un enemigo que les tenía sumidos en la desesperación y miseria. Cómo si de una nueva invasión de tropas napoleónicas se tratara, sintiéndose todos *Agustinas de Aragón* o *Tíos Jorge*, dispuestos a defender su *Puerta del Carmen* particular, salió a relucir la *vena aragonesa* y empezaron a limpiar escopetas y *torderas*, además de algún que otro *trabuco naranjero* de los empleados para disparar salvas en las fiestas. Los cazadores –casi todos los reunidos, asiduos a tal menester, revisaron las cartucheras preparadas para “*ir al jaball*” llenas con postas y munición infalible.

— No os precipitéis, no deis pasos en falso... –repetía calmoso una y otra vez *el* Eusebio de modo paternal, pero nadie le hacía caso

Se había desenterrado el hacha de guerra al estilo de película de indios y vaqueros; de nuevo se levantaban hacia el sol, los dormidos rencores de otrora.

Ya acordes, se estableció un comisionado, se nombraron vigilantes, se determinó una red de hombres para el espionaje de los cielos y se fijaron los puestos claves del paso de la avioneta por toda la Comarca.

## V

En estas circunstancias desconocidas para él, volaba Germán. Otra jornada más había terminado el trabajo hecho con esmero, pero a toda prisa, – la fumigación de los bosques en la parte occidental de Soria-, y quería volver a sobrevolar su pueblo. El día anterior, al pasar, se fijó en un gran barbecho – bastante liso- y le asaltaba la tentación de efectuar un aterrizaje improvisado para pisar de nuevo las tierras por donde corrió, e incluso, llegar hasta la casa de Pilar y sentarse unos minutos en el banco adosado a la pared (allí recibió el

primer y más casto de los besos, tan breve que merecería ampliarse en una sinfonía de miles de fusas huidas de un concierto de arpa), y poder recordar la pequeña historia del amor infantil en recuperación imaginaria, un recuerdo casi literario, nunca empalagoso, como si buscarse restos de felicidad en la luz del día, en la tierna sonrisa de la niña, y se preguntaba: ¿cómo un sólo beso puede permanecer tanto?. Pero primero era trazar unos círculos alrededor del pueblo en vuelo bajo, tal cual tenía costumbre. La avioneta de precioso color gualda, planeaba contenta, presentía que su dueño y señor, la iba hacer partícipe de su dicha. Germán, llevaba puesto un largo y vistoso pañuelo, atado al cuello al estilo del famoso y experto aviador “El Barón Rojo” -héroe alemán de la primera guerra mundial- que flotaba al viento como paloma silvestre en busca de nido; lo depositaría en el banco de la vivienda de Pilar en mensaje anónimo al amor más limpio. Mientras, escribía versos en el aire, rimas inspiradores...

Pero aquella mismo fecha, avisaron por teléfono desde otro pueblo colindante, de haber avistado en los alrededores la avioneta, y acordes con el plan largamente estudiado corrieron los hombres hasta los puntos altos y picachos próximos, sin olvidar los campanarios ni el Castillo de las Brujas (buena fortificación en la Edad Media) como puestos estratégicos elegidos tras muchas deliberaciones. Entre las viejas campanas, aparecieron firmes los cañones de las recién engrasadas y más poderosas escopetas empuñadas a la vez por los mejores tiradores. Primero fue el odiado ruido del motor, luego se divisó como un águila imperial azafranada por encima de las Peñas de Herrera, pero no era otra cosa que la “maldita” avioneta acercándose con su volar gracioso. En lentos virajes descendió hasta la altura de los tejados y casi rozó las tejas del campanario. Temblaron los dedos en los gatillos, las pupilas aceraron sus aguas de odio al dirigir los puntos de mira al motor, y a la voz de ¡FUEGO! cien escopetas escupieron plomo desde la paz de los campaniles y otros disparaderos, hacia la frágil avioneta de Germán.

El aparato, se desplomó con estruendo de metales fracasados sobre la calle desierta, casi en las afueras, al lado de la casa de Pilar. Por esas cosas raras del destino –otra vez el destino- Germán vino a caer en aterrizaje forzoso, ni siquiera intuido, en la calle siempre añorada, la de sus juegos infantiles y escarceos amorosos.

Notaba fuertes dolores en brazos y piernas, pero como pudo salió del amasijo de aluminio y arrastrándose por el suelo se sentó deshecho en el banco adosado, debajo del agotado parral. Al despojarse del blanco pañuelo y dejarlo, llenó de gozo el corazón. Su compromiso había llegado al vencimiento como si de un pagaré se tratase.

Cuando los “tiradores” se acercaron a recoger su *jabalí* particular capturado en la belicosa hazaña, *el Rosendo*, al ver al piloto apenas sin un rasguño pero con tremendo gesto de dolor en el asombrado y pálido rostro dijo:

—*¡ Yas caido pajaro!, ya no nos joderás más nubes ni el pan de nuestros críos...*

— Pero yo no tengo la...-intentó con balbuceo responder Germán antes de desmayarse.

— Oye, Eusebio, ¿no se *paice* este *gurrión* al Germanico, el hijo *del* Alfonso *él* “*Cagarriales*” y *la* Felisa, *la* “*Alberta*” que decía siempre que sería aviador? —preguntó *el* Paulino en medio de la provocada confusión general. Y ante la cara dudosa que puso Eusebio el alcalde, agregó bajando el tono-. Sí, hombre, los que se fueron a vivir a Barcelona... Yo diría que es *igualico*.

— Puede ser... ya dije que *andaseis* con *cuidao*. No se hacen las cosas a tontas ni a locas, *cacho animales*. Ya estáis *arreando* con él a casa del *medico*. Y si es preciso lo bajaremos urgente a Tarazona o al “Reina Sofía”. ¡Aquí mandan mis *cojones*, y de ahora en adelante se hará lo que yo mande ¡.

## VI

Instantes después, el ambiente raro quedó inmerso en un silencio total. Dejó de brillar el sol y todos miraron a las nubes agrupadas en el mismo plano; se cerró el cielo como nunca lo había hecho y dio comienzo una lluvia torrencial que hacía difícil la visión, como si el derribo de la avioneta, hubiese satisfecho plenamente a los dioses. Quizás, aquella lluvia no era más que el llanto de los ángeles, por el sufrir de un pueblo muy herido...

Enterado del suceso mosén Miguel (que había retenido los consejos del Obispo) se refugió de nuevo en lo más oscuro del templo, y al mirar de reojo al Cristo Crucificado, le preguntó:

— Señor, me complicas mi jubilación, ¿no era más fácil lo de la rogativa, con el Patrón a cuestras por calles y caminos?.

